



Javier Docampo pronunciando una conferencia a propósito de la exposición *La biblioteca del Greco*. Madrid, 2014. Foto: Museo Nacional del Prado

In memoriam: Javier Docampo (1962-2020)

El 27 de marzo de 2020, en un país sumido en estado de alarma y, sobre todo, de miedo y de zozobra, nos sobrecogía una noticia que muchos nos resistíamos a asumir y a admitir: la muerte de Javier Docampo. Un cóctel perverso de circunstancias desgraciadas había hecho que su vida se truncase a los 57 años, en plena madurez personal, profesional, intelectual y creativa, tempranamente alcanzada y con mucho recorrido aún por delante.

Somos contingentes. Lo sabemos. Llegará el día que cada uno de nosotros partirá de aquí, sintiéndose, quizás, *trasumanato*, como ese Dante de cuyos manuscritos en la Biblioteca Nacional de España nos gustaba hablar a veces. Llegará el día en que, si hemos sido capaces de contribuir a construir un mundo mejor en nuestro campo de especialización, algún colega o amigo nos dedicará unos párrafos recordando nuestras virtudes. Pero, en el caso de Javier Docampo, aún no era el momento. Por eso su pérdida nos produce una fuerte sensación de rabia y de impotencia que, incluso pasados ya varios meses desde su óbito, nos atenaza, apoderándose de nuestro teclado.

Este obituario trata de Francisco Javier Docampo Capilla, de Javier Docampo, de Javier. Trata del funcionario, del bibliotecario e historiador del arte, del amigo. En el contexto de una revista científica como la que acoge estas líneas deberíamos centrarnos, seguramente, en la segunda de sus facetas. Pero no podemos. No queremos.

Quienes, a cuatro manos, las redactamos, conocimos a Javier en momentos muy distintos de nuestras vidas (momentos, además, muy separados en el tiempo). Quien lo conoció primero, gozó más del privilegio de su amistad, pero a cada uno en su momento le cautivaron de inmediato su franqueza, su generosidad, su capacidad de trabajo, su inteligencia extraordinaria y, sobre todo, su sencillez no menos extraordinaria. A su lado uno se sentía siempre con el amigo con el que hacer planes: recorrer las librerías de Madrid, visitar la última exposición del Prado, planear alguna excursión para el verano o ese viaje a Roma que ya nunca tendrá lugar. Y entre medias y obligados por la distancia todos esos wasaps que nos intercambiábamos cuando veíamos algo que sabíamos que le gustaría al otro, incluidos esos placeres culpables que nos hacen la vida más agradable. Muchos han recordado su fino sentido del humor, que nunca era ni mordaz ni sarcástico, pues su bonhomía natural se lo impedía, sino vitalista. Era tal su naturalidad que junto a Javier no te sentías al lado de uno de los grandes. Pero Javier era uno de los grandes.

Javier Docampo cursó los estudios de Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid. Con una firme vocación investigadora y de servicio público, decidió orientar su carrera profesional hacia el mundo de las bibliotecas y, sin duda historiador del arte por formación y por trayectoria científica, es, sin embargo, su condición de bibliotecario lo que mejor lo define. Tras unos inicios profesionales en Galicia, en 1991 tuvo la oportunidad de entrar en el Servicio de Dibujos y Grabados de la Biblioteca Nacional de España y de consolidar su trayectoria futura mediante su ingreso en el Cuerpo Facultativo de Bibliotecarios. Su extraordinaria capacidad de trabajo le permitió compaginar las obligaciones de su puesto, que no desarrollaba de manera rutinaria, sino creativa, con su dedicación a la investigación sobre los manuscritos iluminados de la Baja Edad Media que tanto le apasionaban. Le permitió, asimismo, abordar su trabajo con una excelente capacidad técnica y de gestión, vertientes que, a algunos, quizás a muchos, nos resultan tediosas por burocráticas y que él, sin embargo, sabía tratar como algo vivo que, pese a ciertas incomodidades, genera oportunidades para el avance del conocimiento. De esta primera etapa en la BNE podemos recordar la exposición *William Hogarth en la Biblioteca Nacional* que comisarió en 1997.

Su voluntad de crecer profesionalmente y, sobre todo, su vocación de servicio público, que era una de sus señas de identidad más significativas, lo llevaron a trabajar durante algunos años para la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, hasta que en 2005 se produjo su regreso profesional a

Madrid, a un puesto soñado que lo situaba ya en la cúspide de su plena madurez profesional: ese año se hizo cargo del Área de Biblioteca, Archivo y Documentación del Museo Nacional del Prado, que con él adquirió unas dimensiones absolutamente nuevas, poniéndola en el lugar que, por pura lógica, le correspondía: ser una de las mejores bibliotecas de museo del mundo, a la altura que corresponde a uno de los mejores museos del mundo. El enriquecimiento de sus fondos, su puesta a disposición no solo de los conservadores, sino también de los investigadores, su implicación en las actividades de la institución... marcan un antes y un después. En estos años sacó adelante exposiciones que dialogaron sin problema de igual a igual con las grandes muestras que se puede permitir una institución de la entidad del Prado. Es inevitable recordar exposiciones como *Bibliotheca Artis: Tesoros de la biblioteca el Museo del Prado* (2010-11) o como *La biblioteca del Greco* (2014), que comisarió junto a José Riello.

Y, de repente, en 2016, tras una auténtica época dorada tanto para él como para la institución, llegó el regreso al hogar primigenio: el regreso a la BNE, esta vez como Director del Departamento de Manuscritos, Incunables y Raros. Para él era una oportunidad impagable: poder dedicarse por entero tanto en su dimensión científica como en su dimensión técnica y de gestión al tipo de obras de arte que más le apasionaba, sobre el que había publicado tantos estudios y había pronunciado tantas conferencias. Para quienes nos dedicamos al estudio de los manuscritos iluminados, su designación fue un hecho casi providencial: baste recordar que, desde los tiempos de Jesús Domínguez Bordona, responsable del área de manuscritos de la biblioteca entre 1917 y 1931, la institución no había tenido a un experto en miniatura al frente de este Departamento. De hecho, la comparación con su venerable antecesor en el cargo no es baladí, puesto que en ambos se conjugaban armoniosamente una trayectoria investigadora del más alto nivel con el afán por dar a conocer y hacer accesible el extraordinario patrimonio que les había sido encomendado. A día de hoy, el único índice descriptivo de los manuscritos iluminados de la BNE sigue encontrándose en las páginas de *Manuscritos con pinturas*, obra publicada en dos tomos en 1933 por el propio Domínguez Bordona. De ahí que Javier Docampo situase la redacción de un nuevo catálogo, actualizado y riguroso, como una de sus grandes prioridades. En este sentido, la colaboración con el proyecto *HispaNord-Codex*, dirigido por Anne-Marie Legaré y Samuel Gras, había permitido en los últimos años la catalogación del fondo francés y flamenco de la BNE y el redescubrimiento de no pocos tesoros olvidados. Era esta una empresa que estaba destinada a marcar la pauta para futuras iniciativas en la misma dirección

Su regreso a la BNE, truncado de manera tan injusta, nos sabe a poco. La última exposición comisariada por él que pudimos disfrutar fue la pequeña, pero exquisita, *Un museo en miniatura: el libro de horas de Carlos V* (2019-20). Y todos ansiábamos la inauguración de la exposición *Luces del norte: manuscritos*

iluminados de la Biblioteca Nacional de España, la exposición que preparaba junto a Samuel Gras como correlato de la catalogación del fondo francés y flamenco anteriormente mencionada, prevista para mayo de 2020. De la ilusión con la que Javier Docampo trabajaba en esta exposición da cuenta el hecho de que se ocupase de ella hasta prácticamente sus últimos días, dando los retoques finales al catálogo. La innombrable se llevó todo por delante. Es obligado que, en cuanto las circunstancias lo permitan, la exposición salga adelante (la biblioteca la anuncia ya para la primavera-verano de 2021).

Pero su trabajo en la BNE no se limitaba a las exposiciones, aunque, por razones obvias, sean estas las que gozaban de mayor proyección pública: la creación de una nueva línea editorial destinada a dar a conocer al gran público algunas de los manuscritos señeros de la biblioteca, el reforzamiento del programa de digitalización, una activa política de compra y restauración, y tantas otras iniciativas llevadas a cabo con su discreción habitual. Todo su afán era elevar la BNE al lugar que merece entre las grandes bibliotecas europeas, un círculo selecto en el que era apreciado y respetado. Tenía todas las cualidades para ello: por supuesto, erudición, visión y ambición, pero también un extraño don para sacar lo mejor de las personas que lo rodeaban. Con todo ello se ganó la lealtad y cariño de aquellos que tuvieron el privilegio de trabajar con él, así como la gratitud de los investigadores –tanto figuras consagradas como jóvenes en el inicio de su carrera– que siempre encontramos en él un interlocutor generoso y atento, de trato exquisito, dispuesto a ayudar y a colaborar en todo tipo de iniciativas.

Conocimos a Javier Docampo en la Nacional. Recordamos a Javier Docampo en el Prado. Su huella en dos de las instituciones culturales punteras de nuestro país es y será indeleble. Su muerte a destiempo nos priva de una figura irremplazable, arrebatada precisamente en su momento de plenitud, como se advierte al hacer recuento de sus múltiples logros en los poco más de tres años en los que estuvo al frente del Departamento de Manuscritos, Incunables y Raros de la BNE y en los once años que estuvo al frente del Área de Biblioteca, Archivo y Documentación del Museo Nacional del Prado.

Que las grandes empresas que tenía en mente no caigan en el olvido institucional sería el mejor homenaje a la memoria de quien se consideraba, ante todo, “bibliotecario” y había hecho del servicio público una verdadera vocación. Lo que no volverá, para nuestro desconsuelo, es su voz pausada y su mirada amable y risueña, paseando por una Sala Cervantes en la que quedará por siempre prendido su recuerdo.

Fernando Gutiérrez Baños y Rosa M.^a Rodríguez Porto, 18 de octubre de 2020